

relaciones en ocasiones tensas, pero a las veces muy fructíferas, entre religión y modernidad. Poses contradictorias que ya había presentado Pío XII, cuando declaró a los religiosos que estaban en el mundo, sin ser del mundo. En este contexto dialéctico, también la publicación sirve de referente para replantearnos el lugar que ocuparon éstas que Max Weber señaló como “virtuosas de lo religioso”, refiriéndose precisamente a las religiosas que sostuvieron no pocas facetas de ayuda social durante el período contemporáneo. Así, también las escolapías andaluzas presentaron la particularidad de estar a la vez muy integradas en la Iglesia a la que se debían y muy insertadas en el mundo.

Expresado a partir de un estilo cincelado en el orden y la claridad, pleno de ajustada erudición, el discurso narrativo ofrece en ocasiones evocaciones preñadas igualmente de compromiso y sensibilidad –v.gr. la descripción física de la santa Paula Montal, utilizando la comparación culturalista en pintura con la condesa de Chichón de Goya, a la manera de contraste (p. 76); o la misma presentación biográfica de Paula Montal, siguiendo un método historiográfico paralelo a aquel que en la novela practicó Henry James: el método de presentar al personaje a través de los reflejos, expuestos en estilo directo que su figura adquiere en los demás (pp. 76-108); o bien la precisa descripción del edificio del colegio de Santa Victoria en Córdoba (pp. 312-313).

Todo el conjunto se completa con un selectivo apartado documental y con útiles índices topónimo, antroponímico y temático.

Rosas Aravena, Pedro, *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena (1990-2004)*. Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2004, 330 pp.

Por Alexis Meza Sánchez
(Universidad ARCIS, Chile)

“En Chile no existen presos políticos...” manifestó la ex ministra de justicia del Pdte. Eduardo Frei Ruiz Tagle, María Soledad Alvear. Efectivamente, a fines de la década pasada, el tema de la prisión política en Chile, no estaba en el tapete público. Muchos en el ambiente pro amnésico

de la transición, asociaban prisión política y tortura al período dictatorial, que ya se había marchado años atrás. La democracia primaba en su aureola de acuerdos y buen trato. No obstante ello, el autor de este libro, en conjunto con una serie de luchadores sociales reclusos en la Cárcel de Alta Seguridad (CAS), lograron romper el cerco de la desinformación y levantar un grito pro liberación, desde el cerrojo construido especialmente para ellos en plena democracia. El movimiento por la libertad de los presos políticos, que empujó a familiares, intelectuales y amigos, logró reposicionar el debate en torno a la calidad de la democracia, a los enclaves autoritarios, al valor de la justicia y a la legitimidad del estado de derecho heredado. Sin duda este libro, que además está muy bien documentado, ayudó mucho en ese camino.

Este es un libro que involucra plenamente al historiador como sujeto. En el prólogo, el historiador Sergio Grez señala que,

“[...] debe destacarse la honestidad intelectual y la dignidad moral del autor. Podría haber optado por un ejercicio más ‘aséptico’ y menos riesgoso académica y políticamente. También podría haber incurrido en la tentación del panfleto o libelo. No lo hizo. Y en cambio transitó por un sendero más difícil: el de la historia desde un compromiso que se anuncia de comienzo a fin” (p. 10).

Es interesante ver cómo la historia triangula temporalmente y se transforma en búsqueda (memoria), en constructora de identidad (voluntad de incidir en el presente) y a su vez en proyecto societario (futuro). Que sea en la historia vivida, donde se instalen las preguntas sobre el mañana, le da a la disciplina un fuerte influjo político, la dota de sentido ciudadano y compromete por tanto al historiador con su contemporaneidad. La historia – presente, barre de este modo, con quienes se acomodan en el remoto pasado, para evadir (en apariencia) la contingencia. Esto en Chile, es aún relevante, por cuanto no son pocos los que se refugian en procesos pretéritos, para conservar sus acomodos presentes. Para quienes como Pedro Rosas, abrazan la historia, desde un claro compromiso político-social, el estudio del presente es, no solo una necesidad, sino una obligación ética:

“Para los rebeldes, el escenario de la vida no es ni ha sido nunca neutral; se ha poblado explícitamente con diversas memorias y discursos antagónicos. Sus ideas y sueños han surgido en la realidad

social que les ha tocado transitar y desde ella han mirado con ojos propios su entorno y los caminos para arribar a un cambio posible. [...] Nos hacemos historia y en ella, queremos saber de dónde venimos, cómo nos hemos hecho, donde estamos y hacia dónde nos encaminan nuestras acciones cotidianas” (pp. 28-29).

¿Es válido hacer de la historia, en tanto disciplina, un instrumento de acción política o es preferible mantener la ‘rigurosidad científica’ en aras de construir textos objetivos, fidedignos?

Estas son las preguntas que recorren este tipo de trabajos. Cuando se plantean dicotómicamente, por un lado ‘rigurosidad científica’ y por el otro ‘el carácter político de la disciplina’, se está tomando partido de modo implícito (y a veces interesado) por desechar la politicidad de los estudios históricos. Creo con mucha convicción, que es posible realizar trabajos que sean de una alta rigurosidad metodológica, con estricto apego al trabajo de fuentes y todas las características que la comunidad científica establece, y que a su vez tengan intencionalidad política, vale decir que sean útiles al debate ciudadano, y que transformen a la historia en una disciplina de dominio público, con la cual ‘la gente de a pie’ se identifique y le asigne sentido. Apostamos por una historia, que rompa las barreras impuestas por los especialistas y de la cual se apropien los llamados por Gabriel Salazar, ‘sujetos de carne y hueso’. El libro de Rosas, camina en esa dirección y demuestra que es posible.

Los presos políticos (PP) son parte de la ‘historia larga’ del movimiento rebelde en Chile. Rosas así los reconoce. No es posible entender a los sujetos en resistencia, encajonados en los pliegues y contextos institucionales o estatales. Sus tiempos, desafíos, reflexiones, demandas y proyectos son otros. Es una/otra historia de Chile, que recoge las luchas por la sobrevivencia económica, las demandas por participación, la resistencia al disciplinamiento de las armas (estatales y patronales), los proyectos de microempresarialidad popular, el superar las dificultades en materia de salud, vivienda, trabajo y educación, etc. Hay memoria popular, y hay lucha social que le da continuidad a dicha memoria. Es memoria para el recuerdo, pero también es memoria para la acción sobre el presente y futuro. Por ende, la memoria social popular, no es un ejercicio de la academia, sino que se transforma en acto de protesta y visibilización de lo negado por los poderosos.

“Bajo el canto de fondo de estas negaciones, se ha escrito esta historia que opone gritos al silencio y el olvido; ocupa entonces, un lugar en la batalla contra la distorsión y el ocultamiento perverso e interesado de nuestra historia y proyecto; ocultamiento macabro que se ampara en una necesaria y conveniente ficción de reconciliación y armonía social” (p. 35).

El contexto de la postdictadura, instala en el país una democracia tutelada, y una política de consensos de cara (y también de espaldas) a la sociedad civil. Las llamadas relaciones cívico-militares, eran el telón de fondo, que invitaba a esperar que la democracia pactada entre los agentes de la dictadura y la nueva alianza de gobierno, resolviera los temas pendientes. Una sensación de continuidad pone en cuestión la legitimidad del ‘nuevo orden’.

Éste es uno de los axiomas del propio concepto de ‘Transición a la Democracia’. Se entiende como una sala de espera a la democracia futura. Se transita, se avanza, se camina, hacia la democracia de mañana. Esta es una antesala, que hay que cuidar, no presionar, no arriesgar... Cualquier acto de desacato, la pondría en riesgo, los militares (y los nuevos demócratas) nos recuerdan permanentemente que vivimos en peligro.

En este cuadro, emergen grupos que descontentos con la salida pactada por las elites políticas, deciden continuar activados para profundizar las transformaciones sociopolíticas, por las cuales se había luchado en dictadura. Estos rebeldes operan en otro código, por lo tanto para ellos *la lucha continúa*. Ese otro código es popular, de suma radicalidad, no se acoge a las formas institucionalmente establecidas, porque éstas suponen extraer la matriz que le da sentido a la política. Se está en política para transformar radicalmente el sistema, para tomar el cielo por asalto y por compromisos de sangre con los pobres del campo y la ciudad. La democracia conquistada, no da el tono con la lucha desplegada por los jóvenes populares de los ‘80 (de los cuales el autor es parte), que se habían enfrentado en la calle con las fuerzas represivas del régimen militar.

“Por entonces, la historia y la política hablaban en otro tono y otro tiempo, lo suficientemente intenso como para no acusar sordera. Toda la vida trastornada, toda la vida llena de urgencia, toda la vida llena de sentido. Reviso la historia entre convocatorias, conspiraciones y ritos funerarios” (p. 41).

La convivencia con la muerte, la caída de compañeros de lucha, obliga a establecer un movimiento ético por la resistencia. No es posible dar vuelta la página.

La respuesta de los circuitos oficiales (civiles y militares) es aislar la rebeldía popular. Se le tacha de terrorismo, delincuencia subversiva (p. 103), con lo cual se fija un cerrojo no solo político, sino también simbólico y cultural, entre su accionar rebelde y la ciudadanía. Se les representa como un foco de acción subversiva, que hay que extirpar. Vuelven a ser 'los otros', los que operan fuera del 'bien', *los marginalizados*.

Así, sobreviene la represión política, militar y comunicacional. La CAS, especialmente construida en la época para albergarlos, es el 'nunca más de los poderosos', es el bastión de una férrea política de disciplinamiento:

"Ni siquiera durante la dictadura militar en Chile se había impuesto un régimen similar, descontando naturalmente los centros de tortura" (p. 216).

La resistencia, sin embargo genera espacios de micropoder al interior de la CAS, y suma 'algunas victorias', que hacen más llevadera la vida cotidiana, con lo cual Rosas, nos deja al cierre de su libro, una mirada no desde el lamento, sino desde la potencialidad que tienen los sujetos, en tanto rebeldes, de revertir la historia y enfrentar el poder, aún en las peores condiciones.

Como decíamos al comienzo, este libro tiene un alto componente cívico, por cuanto fue uno de los instrumentos que ayudó a posicionar el tema de la prisión política en la 'democracia chilena', y pugnar por su liberación. Al momento de escribirlo, Pedro Rosas llevaba años recluido en la cárcel, hoy está en libertad.

Samour, Héctor, *Voluntad de liberación. La filosofía de Ignacio Ellacuría*. Granada, Editorial Comares, 2003, 355 pp.

Por Daniel F. Álvarez Espinosa
(Universidad de Cádiz)

"Con los pobres de la tierra, quiero yo mi suerte echar". El canto poético de Atahualpa Yupanqui sintetiza la vida de Ignacio Ellacuría

mejor que cualquier discurso filosófico: su compromiso ético con los desheredados, entendido como el punto de conexión con la realidad. Éste es un libro oportuno que viene a enriquecer la creciente bibliografía sobre el español Ellacuría, una de las figuras clave del cristianismo de liberación en América Latina. Rector de la Universidad Centroamericana de San Salvador (UCA) *José Simeón Cañas*, el 16 de Noviembre de 1989, él, cinco jesuitas y dos mujeres que atendían la residencia, fueron asesinados en el recinto universitario por miembros del ejército salvadoreño. En su personalidad convivían varias figuras: el profesor de teología, el analista político, el filósofo de la realidad histórica, el intelectual comprometido, el crítico del poder, el testigo de su tiempo, el hombre religioso, el creyente de la justicia, el profeta.

Fue discípulo del filósofo Xavier Zubiri (preparó la publicación de alguna de sus obras), estudió teología con Karl Rhaner y colaboró muy de cerca con Óscar Romero, arzobispo de San Salvador asesinado en 1980. El compromiso de Ellacuría con las realidades sociales y políticas derivaba de un presupuesto de Zubiri, el "hacerse cargo de la realidad". Nuestro teólogo lo hace avanzar unos pasos más, y habla de "encargarse de la realidad", de "cargar con la realidad". Esa realidad que reclama de los hombres una respuesta vital, urgente y comprometida, porque existen realidades que "claman al cielo". La noción de Pueblo de Dios estaba para él clara: el pueblo crucificado. La violencia ejercida contra la vida humana de los pobres la consideraba el pecado mayor, en sintonía con la tradición evangélica. La causa de la liberación era consustancial a su ser de hombre creyente. Y es que la lucha contra la opresión pertenece al núcleo de la historia de la salvación, pues la fe cristiana, lejos de convertirse en opio, debe constituirse en lo que es: un principio de liberación. No hace falta resaltar que, a medida que Ignacio Ellacuría fue elevando la voz en sus denuncias –sus críticas a las oligarquías, al poder político dominante- y radicalizaba sus compromisos a favor de los excluidos, mayor peligro corrió su vida, más grandes fueron las amenazas de muerte.

Ellacuría resaltó que, cuando se hable del Reino que prometió Jesús, siempre hay que hacerlo de su dimensión histórica y de la Iglesia de los pobres, porque sólo desde categorías bíblicas se puede entender la promesa evangélica: la salvación cristiana acontece dentro de la historia de los hom-